

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS

23



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

1990

importantes. Partimos cada vez del mismo camino, pero a lo largo de él podemos elegir nuestras aventuras."

Ya algunas cosas nos han ocurrido antes, por eso a veces se cree ver el futuro, pero en realidad aquello ya nos ocurrió. Pero se puede llegar a romper uno de los círculos y saltar a una nueva vida. Se penetra es una nueva huella del tiempo.

HA LLEGADO UN INSPECTOR.

Aunque no incluída dentro de las obras sobre el tiempo, éste es aquí un elemento o parte importante de la obra. El inspector Goole, venido de la nada, hace reaccionar a todos los personajes de la obra, al verse todos mezclados en el fatal destino de la joven Eva Smith.

Una familia aparentemente digna y "que se porta bien" festeja alegremente el compromiso de Sheila y Gerald, cuando suena el timbre de la puerta y aparece el inspector de policía Goole. Llega en el preciso momento en que Sirling aconseja a los jóvenes que "... un hombre debe atender su negocio y cuidar de sí y de los suyos,..." sin cuidarse de los demás.

El Inspector por el contrario, al retirarse dice: "Pero recuerden esto. Una Eva Smith se ha ido, pero aún quedan millones y millones de Evas Smith y de Johns Smiths entre nosotros, con sus vidas, sus esperanzas y temores, su sufrimiento y posibilidad de dichas, todo entretelado con nuestras vidas. Con lo que pensamos, desimos y hacemos. No vivimos solos. Somos miembros de un cuerpo. Somos responsables unos de los otros. Y les digo que pronto llegará el día en que si los hombres no aprenden esta lección, la aprenderán con fuego, sangre y angustias. Buenas noches."

Para cerciorarse de que han sido objeto de una burla, llaman a la inspección de policía y se alegran al saber que nadie se ha suicidado. Pretenden olvidar el mal que en realidad han causado, menos Sheila que los recrimina por no querer aceptar su culpa y cambiar su modo de pensar y de actuar. Al finalizar el tercer acto, suena de pronto el teléfono y con expresión de pánico reciben la noticia de la muerte de Eva Smith y el aviso de que un inspector de policía va en camino a interrogarlos. La acción que va a ocurrir ya la han vivido. Por esto, la obra puede quedar incluída entre las otras tres, sobre el tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

Priestley, J. B. *Teatro. Ha llegado un inspector. Tres piezas sobre el tiempo: Esquina peligrosa. El tiempo y los Conway. Yo estuve aquí una vez.* Ed. Losada, Buenos Aires, 1958

"PEDRO DE RIVADENEYRA Y LA REALIDAD MAQUIAVÉLICA"

NOËL M. VALIS
Univ. de Georgia

SE CONSIDERA CON RAZÓN que el jesuita Pedro de Rivadeneyra (1527-1611) es uno de los antimaquiavelistas más vehementes de la Contrarreforma,¹ pero curiosamente deja escapar este autor toques maquiavélicos en su obra, "Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados, contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos deste tiempo enseñan" (1595). Rivadeneyra parece reconocer en algunos lugares de su tratado la necesidad de actuar de modo maquiavélico en ciertas situaciones políticas, aunque no reconoce que estas mismas costumbres políticas que veremos más tarde son, en esencia, maquiavélicas. Vamos a considerar aquí a Maquiavélo como un realista en su tratamiento de las realidades políticas y hacer una distinción entre este realismo maquiavélico y el idealismo religioso de Rivadeneyra. Cuando digo que el jesuita muestra tendencias maquiavélicas, no implico hipocresía en la actitud de Rivadeneyra sino que, más bien, podemos distinguir dos realidades en él — sean reconocidas conscientemente o no por él —, la exterior (la cristiana) y la interior (la

1 Es el juicio acertado de tales críticos como Gonzalo Fernández de la Mora, "Maquiavelo, visto por los tratadistas políticos españoles de la Contrarreforma," *Arbor*, 13, Nos. 43-44 (1949), 417-449; Donald W. Bleznick, "Spanish Reaction to Machiavelli in the Sixteenth and Seventeenth Centuries," *Journal of the History of Ideas*, 19 (1958), 542-550; y José Maravall, *La Teoría española del estado en el siglo XVII* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1944), Fernández de la Mora notó en 1949 que "de modo superficial se ha estudiado por los extranjeros el antimaquiavelismo español..." (pág. 423). Ha sido Donald Bleznick, quien ha sugerido la presencia "subterránea" de lo maquiavélico en antimaquiavelistas tan acérrimos como Rivadeneyra, diciendo: "Were we to disregard the religious trappings of the state envisioned by Spanish political theorists, we would lay bare a state remarkably similar to the unbaptized Machiavellian state" (pag. 548). Sin querer olvidar la crítica anterior, trato yo de adentrar un poco más en detalle en estos toques maquiavélicos de Rivadeneyra.

maquiavélica).² El punto de vista cristiano no reconoce la situación concreta puesto que se hace hincapié en el más allá como propósito final del hombre; mientras, en contraste, la perspectiva maquiavélica acentúa la problemática concreta del ahora. El primer sentido del tratado jesuita —el exterior— consta del punto de vista religioso; el menos obvio reconoce la realidad política tal como la vio Maquiavelo, y es esta segunda realidad que estudiaremos en Pedro de Rivadeneyra.

Antes de destacarla, quisiera mostrar algunos paralelos y contrastes en la actitud de ambos escritores hacia la condición humana que quizá pudiera aclarar el maquiavelismo diseminado aquí y allá en el jesuita. Aunque Maquiavelo lo ve todo desde un punto de vista secularizado y Rivadeneyra lo pinta todo en términos religiosos, ambos describen la naturaleza humana como inclinada naturalmente hacia el mal. Maquiavelo dice francamente que "...è necessario a chi dispone una republica ed ordina leggi in quella, presupporre tutti gli uomini rei, e che li abbiano sempre a usare la malignità dello animo loro qualunque volta ne abbiano libera occasione."³ Por eso el florentino ve la necesidad de leyes y disciplina para restringir la maldad humana, pero su perspectiva es básicamente pesimista puesto que no ve la posibilidad de redención. Al contrario, aunque Rivadeneyra declara también que el hombre peca con facilidad natural y que su naturaleza es frágil y débil, la existencia de Dios y su gracia hacen posible la salvación del ser humano.

Los dos analizan también de manera análoga la impermanencia del mundo real. Para Rivadeneyra, el católico ortodoxo, el mundo se describe así: "...todas las cosas humanas son como un poco de aire o como un sueño; y que desaparecen como humo y se deshacen como espuma, y se pasan como sombra, y que no tienen tono, firmeza ni estabilidad."⁴ Maquiavelo no ve tampoco permanencia humana, diciendo: "Ma sendo tutte le cose degli uomini in moto, e non potendo stare salde, conviene che le salghino o che le scendino..." (Discorsi, pág. 109). Claro que Maquiavelo no olvida la ruina de su querida Florencia; y que Rivadeneyra tiene en cuenta el desastre de la Armada Invencible,⁵ pero no sólo la historia contemporánea les persuade de

² James Burnham en *The Machiavellians* define estas dos realidades como "formal meaning" y "real meaning". "Real meaning" describe el mundo concreto y "formal meaning" consiste más bien en la realidad mítica de la religión y la metafísica (Chicago: Henry Regnery Co., 1963, pág. 11).

³ Niccolò Machiavelli, Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio, en *Opere* (a cura di Mario Bonfantini) (Milano/Napoli: Riccardo Ricciardi Editore, 1954), pág. 100. Todas las citas tomadas de los Discorsi y del Príncipe provienen de esta edición.

⁴ Pedro de Rivadeneyra, Tratado de la tribulación, vol. 60 (Madrid: BAE, 1952), pág. 374. De aquí en adelante, todas las citas de este Tratado así como del Tratado de la religión y virtudes provienen de esta edición.

⁵ Tratado de la tribulación se escribió para consolar al rey y al país de la pérdida de la Armada.

la inestabilidad de la condición humana sino también el pasado: para Maquiavelo, la historia antigua de Roma y, para Rivadeneyra, la historia bíblica del hombre enseñan esta verdad eterna. Así que ambos utilizan ejemplos históricos para aclarar su posición.

La fragilidad de la situación humana se debe no sólo a la debilidad y maldad humanas sino también a una fuerza sobrehumana que el hombre no puede controlar sin dificultades. En el caso de Maquiavelo, esta fuerza es la Fortuna, poder irracional que puede destruir los planes de cualquier individuo y que Maquiavelo compara a una mujer y también a un río impetuoso:

E assomiglio quella a uno di questi fiumi rovinosi che, quando s'adirano, allagano e piani, ruinano gli alberi e gli edifizii, lievano da questa parte terreno, pongono da quell'altra: ciascuno fugge loro dinanzi, ognuno cede allo impeto loro senza potervi in alcuna parte obstar. E benché sieno così fatti, non resta però che li uomini, quando cono tempi quieti, non vi potessino fare provvedimenti e con ripari e argini, in modo che cresciendo poi, o egli andrebbero per uno canale, o l'impeto loro non sarebbe né sì licenzioso né sì dannoso (*Il Principe*, pág. 80).

La fortuna es una fuerza de la naturaleza a la cual el hombre puede resistir difícilmente y sin la seguridad de poder ganar siempre.

En otro lugar escribe: "...la fortuna è donna: ed è necessario, volendola tenere sotto, batterla e urtarla" (*Il Principe*, pág. 82). Y "... e perché la (la fortuna) è varia, variano le republiche e gli stati spesso..." (*Discorsi*, pág. 303). Y finalmente:

...gli uomini possono secondare la fortuna e non opporle, possono tessere gli orditi suoi e non romperle. Debbono bene non si abbandonare mai; perché non sapendo il fine suo, e andando quella per vie traverse ed incognite, hanno sempre a sperare e sperando non si abbandonare in qualunque fortuna ed in qualunque travaglio si truovino (*Discorsi*, pág. 299).

La fortuna es caprichosa y enigmática, jamás vencida por completo; pero se nota que el hombre no tiene que desesperarse de esta situación. Rivadeneyra opone al hombre otra fuerza sobrehumana: la Providencia. La Providencia, al contrario de la Fortuna, ni es irracional ni un poder natural sino el instrumento racional de Dios, pero es frecuentemente tan enigmática como la Fortuna ni a la Providencia y ambas juegan papeles análogos en Maquiavelo y Rivadeneyra, sería incorrecto definir estas dos fuerzas como idénticas.

Ni el jesuita ni el florentino niega la existencia del libre albedrío del hombre. La audacia del hombre maquiavélico afirma el libre albedrío

humano contra el poder de la Fortuna puesto que para Maquiavelo, el libre albedrío y la Fortuna dividen en dos mitades el gobierno del universo. Rivadeneyra no trata de medir el control que la Providencia y el libre albedrío tienen, insistiendo en la eficacia del libre albedrío como cualquier católico ortodoxo haría, ya que todo hombre es responsable de sus acciones.

En dos ocasiones Rivadeneyra habla del concepto pagano de la Fortuna exactamente como el mismo Maquiavelo, escribiendo que "la rueda de la fortuna es muy voluble y presurosa, y no hay otra manera para tenerla, sino conocerla y no fiarse della..." (*Tratado de la religión...*, pág. 558). Y también: "...El varón magnánimo y constante en la dificultad cobra ánimo, y en el peligro esfuerzo, y en lo que los otros desmayan, muestra él su pecho y valor, y desta manera da a entender que no puede ser vencido de la fortuna" (*Tratado de la tribulación*, pág. 433). En la segunda cita, Rivadeneyra describe al hombre de coraje que resiste la fortuna, hombre que se parece mucho al mismo individuo maquiavélico que posee "virtù." Lo más interesante es que este hombre enérgico y valeroso lucha mejor en tiempos de dificultad o, en otros términos, cuando hay necesidad de actuar así, punto que Maquiavelo igualmente destaca en sus escritos. El papel de la necesidad en ambos escritores lo investigaremos más tarde.

Vemos que el universo en Rivadeneyra consta de tres fuerzas: la Providencia y el libre albedrío, que son las más básicas e importantes; y la fortuna, que no parece jugar un papel tan esencial. En Maquiavelo, la Fortuna y el libre albedrío gobiernan el mundo mientras que la Providencia no se menciona. En otras palabras, en Rivadeneyra, se acentúan el punto de vista religioso y el hombre religioso; en Maquiavelo, se destaca el hombre político. Pero lo que quisiera mostrar en este estudio es el hecho de que los dos autores, aunque no idénticos en su actitud, atraviesan líneas paralelas: el hombre, inclinándose hacia el mal, vive en un mundo inestable que decae y degenera en cada momento —por eso no hay progreso terrestre— donde fuerzas sobrehumanas compiten con el libre albedrío humano.

Se evidencia también otro aspecto semejante en los dos escritores: cierto extremismo en su intolerancia del enemigo. Para Rivadeneyra, los herejes —el enemigo por excelencia de la Iglesia católica— deben ser extirpados del mundo: "Los herejes deben ser castigados" porque "las herejías son causa de revoluciones y perdimientos de estados" (*Tratado de la religión*, pág. 450). Nótese que Rivadeneyra aconseja este castigo de los herejes porque amenazan los poderes terrestres, algo que Maquiavelo habría aprobado sin duda. A veces, el jesuita parece confundir a los herejes con los políticos maquiavélicos, y entonces, condena igualmente ambas manifestaciones "diabólicas." Maquiavelo, no fiándose de métodos más benévolos puesto que no tiene confianza en la naturaleza humana, aconseja la destrucción del enemigo político cuando la necesidad dicta que un príncipe no puede sobrevivir con la presencia de una oposición. También, el florentino manifies-

ta una postura negativa al tratar de disuadir al príncipe de permitir facciones políticas porque tienden a descomponer un gobierno, actitud que paralela a la de Rivadeneyra en contra de varias sectas religiosas en el Estado.

Claro que el padre Rivadeneyra escribe en tiempos de la Contrarreforma y de Felipe II, cuya política internacional de proteger la fe católica llegó a confundirse con los intereses del Imperio español, política que Rivadeneyra apoya con una adhesión completa y sin resquemores ningunos. En su *Tratado de la tribulación* trata de comprender las razones por el desastre de la Armada, un desastre incomprensible puesto que, según el jesuita, el pueblo español, protegido de la fe, tenía razón y el enemigo no. La dedicatoria del *Tratado de la religión y virtudes* describe a Felipe II como un príncipe cristiano; así no hay duda de la posición política de Rivadeneyra. Y al defender la fe católica, defiende a la vez los intereses del Imperio español. Acentúo esto porque este hecho, junto con la visión del cosmos de Rivadeneyra que he descrito antes, explica la aparición de usos y consejos maquiavélicos en el jesuita. La realidad —"real meaning" según Burnham— es el Imperio y la Corte españoles dentro de los cuales los jesuitas eran una manifestación más de la Contrarreforma, época de alto espíritu religioso-militar, y en efecto, la jerarquía de los jesuitas es militar partiendo del jefe llamado el general. Para subrayar esta realidad, Rivadeneyra, jesuita por excelencia, utiliza frecuentemente imágenes militares y bélicas cuando, por ejemplo, llama a los hijos de la Iglesia "escuadrones" a Dios "capitán general".

En el estudio de algunos de estos usos y consejos de Rivadeneyra que parecen muchas veces un eco de Maquiavelo, en particular, 1) la cuestión de la guerra, 2) la disimulación y 3) varias costumbres de la política práctica, espero mostrar que el tratamiento de la problemática concreta del Imperio español que da Rivadeneyra en estos ejemplos manifestará un reconocimiento —sea parcial o no— de la realidad española de su tiempo. Comencemos por su tratamiento de la guerra. Un capítulo revelador de la actitud del jesuita ante la guerra es el cuarenta y tres del Libro II de su *Tratado de la religión y virtudes*, titulado "Cómo se debe el príncipe estimar y honrar el arte militar," lo que indica claramente que Rivadeneyra no es pacifista como tampoco Maquiavelo puesto que ambos ven la necesidad de la guerra cuando hay causa suficiente. Se ha atacado a Maquiavelo por justificar y aconsejar la guerra por cualquier razón pero la verdad es que Maquiavelo sólo pidió la guerra en tiempo de necesidad. Por eso el crítico Meinecke escribe:

Even in the most evil and notorious chapter of the *Principe*, Chapter 18, which justifies breach of contract, and declares that a prince (and especially a new prince), for the purpose of maintaining the State, 'is often obliged (*necessitato*) to act without loyalty, without mercy, without humanity, and without religion' -even in this chapter he still emphasizes that a prince, when he *can*, should

not leave the path of morality, but only that he should, in case of necessity..., also know how to tread the path of evil.⁶

Esta observación de Meinecke explica la motivación no sólo de Maquiavelo sino también de parte de la actitud de Rivadeneyra: es decir, el comportamiento de un príncipe torna alrededor del concepto de la necesidad. En el campo de la política práctica, aún Rivadeneyra confesará que a veces un rey tiene que hacer guerra, disimular y hacer otras cosas en contra los herejes, según el jesuita, es justa y santa. Por eso escribe que “la necesidad es un arma tan fuerte y poderosa que no se le pueda resistir, y que excusa lo que sin ella no se podría excusar” (*Tratado de la religión*, pág. 565); y de esta manera, Rivadeneyra justifica las acciones frecuentemente no muy cristianas del rey español.

No sólo justifican Rivadeneyra y Maquiavelo la guerra en momentos difíciles sino también declaran ambos que el ejército y las armas son la fundación del Estado: “...no se puede negar sino que las armas y los buenos soldados son los tutores, conservadores, defensores y amplificadores de la república, los nervios de los reinos, y el establecimiento y seguridad de los reyes” (*Tratado de la religión*, pág. 582)⁷. Para Maquiavelo, “...ol fondamento di tutti gli stati è la buona milizia, e come dove non è questa non possono essere nè leggi buone né alcuna altra cosa buona...” (*Discorsi*, pág. 391). Aquí, hay una clara admisión de parte de Rivadeneyra, sin referencia a Maquiavelo se sobreentiende, que la realidad dura no es el reino de Dios en la tierra sino la existencia de oposiciones tercas y animosidades crueles.

Puesto que los soldados constituyen la protección esencial de una nación, ambos escritores recomiendan con ahinco que, aún en tiempos de paz, un ejército sea bien preparado para cualquier ataque inesperado:

...si el príncipe quiere tener buenos y valerosos soldados, debe procurar que los caballeros y nobles y vasallos de su reino en tiempo de paz se ensayen para la guerra, y tengan ejercicios y entrenamientos militares, con los cuales huyan la ociosidad y se hagan más hábiles y dispuestos para los trabajos de la guerra, como son: esgrimir, tirar, correr, saltar, luchar, nadar, cazar, andar armado y hacer mal a un caballo y jugar de todas armas (*Tratado de la religión*, pág. 584).

Maquiavelo aconseja también que un príncipe no olvide los ejercicios militares para sí mismo y para sus soldados: “Debbe pertanto mai levare il

⁶ Friedrich Meinecke, *Machiavellism*, pág. 40, citado por Donald Bleznick, pág. 550.

⁷ En otro lugar, al decir que la conservación del Estado depende de la voluntad de Dios (pág. 521), no trata Rivadeneyra de conciliar esta opinión religiosa con la otra de índole más práctica, un ejemplo más de la ambigüedad del escritor jesuita.

pensiero da questo esercizio della guerra, e nella pace vi si debbe più esercitare che nella guerra: il che può fare in dua modi, l'uno con le opere, l'altro con la mente. E quanto alle opere, oltre al tenere bene ordinati ed esercitati e sua, debbe stare sempre in su le cacce, e mediante quelle assuefare el corpo a' disagi...” (*Il Principe*, pág. 48).

Como se ve en la cita anterior, Maquiavelo desea una vida espartana para los soldados y como paralelo, Rivadeneyra escribe: “A esta misma disciplina militar pertenece el quitar del ejército todo lo que puede ablandar y afeminar los soldados, que es el lujo y regalo y las mujercillas que traen consigo, contra las leyes de Dios y de la buena milicia” (*Tratado de la religión*, pág. 583). En este consejo, muy concreto, muy real, se observa que la cuestión práctica está en pie de igualdad con la ética.

En el florentino y el jesuita, el príncipe o el rey es el ejemplo, el modelo ideal para los soldados, y por esa razón Maquiavelo y Rivadeneyra favorecen a un príncipe hábil en la guerra, que es un buen guerrero, y que sabe además remunerar y castigar los que merecen o premios o penas. Más generalmente, el padre Rivadeneyra, como Maquiavelo, aconseja que todo el ejército sea pagado para recibir mejores servicios del mismo: “el primer capítulo de la disciplina militar es tratar bien a los soldados y tenerlos pagados...” (*Tratado de la religión*, pág. 583). Toda esta preparación militar en tiempo de paz debe garantizar la perservación del Estado, pero a veces, según ambos escritores, es necesario hacer guerra para asegurar la tranquilidad:

... aunque la paz es el blanco a que su gobierno debe mirar, pero que muchas veces no se puede alcanzar ni conservar buena paz sin buena guerra. La cual es tan necesaria para defender la república y tener paz, como lo es la medicina amarga para la salud del enfermo... Se ve que la guerra se puede hacer santamente, y que, supuesta la malicia de los hombres, muchas veces es un mal necesario en la república... (*Tratado de la religión*, pág. 579).

Más semejanza al pensamiento de Maquiavelo no puede haber: la necesidad de la guerra como un mal inevitable a causa de la maldad humana es un concepto maquiavélico que parece repetir el jesuita sin admitir la fuente. El mismo Maquiavelo utiliza también una imagen medicinal para expresar la necesidad de la guerra como remedio contra más guerras:

“Perché e Romani feciono in questi casi quello che tutti e principi savii debbano fare: li quali non solamente hanno ad avere riguardo alli scandoli presenti ma a' futuri, e a quello con ogni industria obviare; perché prevedendosi discosto facilmente vi si puo rimediare, ma aspettando che ti si appressino la medicina non è a tempo, perché la malattia è divenuta incurabile... Però e Romani vedendo discosto gli inconvenienti vi rimediorno sempre, e non li

lasciarno mai seguire per fuggire una guerra, perché sapevono che la guerra non si leva ma si differisce a vantaggio di altri..." (II *Principe*, pág. 10)

Puesto que el fin —la paz y supervivencia de la nación— justifica los medios —la guerra—, las reglas de la buena conducta ética no se aplican en tiempos de guerra, como lo dice el mismo Maquiavelo, Rivadeneyra reconoce que un príncipe puede disimular y engañar al enemigo durante un conflicto. Explica que "andando entre enemigos, necesario es que vayan armados, y que con los disimulados usen de alguna disimulación" (*Tratado de la religión*, pág. 524). Maquiavelo escribe también que un príncipe debe saber engañar al enemigo y que cualquier truco es permisible en la guerra. Importantes igualmente en ambos tratadistas son la necesidad de medir bien las fuerzas del enemigo para juzgar los obstáculos y dificultades de su empresa, y el problema de aliarse con un lado u otro, situación donde, al presentar varias alternativas, aconsejan gran prudencia al escoger a un aliado o quedarse neutral.

Se ha mencionado el uso de la disimulación y el engaño durante la guerra, táctica que llega a ser un problema en tiempo de paz en Rivadeneyra lo mismo que en Maquiavelo. Se recuerde que los ataques más virulentos contra Maquiavelo —incluso los de Rivadeneyra— condenan el reconocimiento franco del florentino de la ventaja y necesidad de disimular y mentir en la política, pero lo más interesante en Rivadeneyra —y él es un modelo que otros escritores siguen más tarde— es el hecho de que después de haber condenado al italiano de ser maliciosamente engañador y traidor, aconseje el mismo jesuita la disimulación delante del enemigo disimulador, lo mismo que dice Maquiavelo. Una vez más, la necesidad dicta un mal ineludible, hasta el punto de preguntarnos, ¿es un mal necesario para el más allá o para la preservación del país? Aunque es obvio que este aviso de Rivadeneyra no tiene nada que ver con el reino de Dios sino con el ahora del Imperio español, no obstante es importante tener en cuenta que el propósito sincero del jesuita es mostrar las virtudes cristianas que debe tener un príncipe para asegurar el bienestar del país o para su propia salvación. Habrá que comprender que Rivadeneyra no hace una distinción entre la moralidad pública y privada del príncipe sino que supone que un rey actuará de modo igual en ambas situaciones; pero acá y allá su suposición no vale y tiene que adaptarse a una diferencia entre las dos moralidades, la cuestión del engaño acentuando esta distinción.

Rivadeneyra nos advierte que sólo las verdades virtudes y no las fingidas valen en un príncipe; y el que utiliza las "virtudes" para fines temporales —como la conservación del Estado— no emplea virtudes verdaderas sino la astucia. Esto aparece en el capítulo II del Libro II. En el capítulo IV del mismo libro, el autor se pregunta si hay momentos cuando "se puede tolerar alguna simulación en el príncipe" (*Tratado de la religión*, pág. 524), y responde que sí;

que a veces hay que "hacer las cosas con prudencia para bien de la república" (*Tratado de la religión*, pág. 525). Es decir, el engaño o la disimulación son lícitos en tiempos difíciles para la preservación del Estado; y sin embargo, ha condenado lo mismo en Maquiavelo porque el florentino escribe también que la adversidad o la necesidad requieren malas acciones como el engaño. Vemos aquí la ambivalencia del jesuita donde actuar para el bien del país es un acto de astucia — y por eso no virtuoso— aunque sí parece que es permisible en algunos momentos, circunstancias en que Rivadeneyra no parece poder decidirse ni por el lado temporal ni por el eterno. De modo maquiavélico, Rivadeneyra aconseja la disimulación en el rey cuando "andando entre enemigos" porque es necesario, como ya se ha citado, "que vayan armados, y que con los disimulados usen de alguna disimulación." Al mismo tiempo escribe que no es lícito mentir "porque la palabra del príncipe debe ser como una palabra de Dios, verdadera, cierta, constante y segura..." (*Tratado de la religión*, pág. 525). Disimular no es mentir, según Rivadeneyra, sino más bien desviar al enemigo, o en otras ocasiones, "callar y guardar en sus consejos y acciones grandísimo secreto (como en el gobierno de los estados se debe hacer)..." (*Tratado de la religión*, pág. 525). Guardar secretos es muy importante en el jesuita porque para el príncipe no hay seguridad en su Corte, hay traidores y oportunistas en cada rincón, y por eso, "no es mentira (cuando la necesidad o utilidad grande lo pide) decir algunas palabras verdaderas en un sentido, aunque crea el que las dice que el que las oye, por ser equívocas, las podrá tomar en diferente sentido" (*Tratado de la religión*, pág. 525). Así que hay una frontera sutil entre la mentira y el engaño, postura que lleva consigo implícitamente cierto peligro: "Pero miren bien hasta donde ha (la disimulación) de llegar, sin que Dios se ofenda, y los términos y límites que ha de tener su recato y artificio, para que, siendo príncipes cristianos y discípulos de Cristo, no se hagan discípulos de Maquiavelo" (*Tratado de la religión*, pág. 524). Aunque niega el jesuita que da consejos maquiavélicos, la verdad es que sí los da pero recomienda prudencia y cautela al usarlos. Ser prudente —astuto en el sentido maquiavélico— es indispensable en la Corte española. Rivadeneyra trata de separar su definición de la prudencia, de la maquiavélica, diciendo que la suya tiene que ser cristiana y virtuosa; pero, en realidad, a veces es difícil distinguir entre una prudencia provechosa para el país —y por eso, astuta— y otra menos maquiavélica que piensa igualmente en el bien de la república. Ambos escritores definen a un príncipe prudente como uno que sabe escoger ministros leales y embajadores discretos, puede distinguir entre un amigo falso y un real, sabe rechazar a los aduladores, sabe vigilar las personas de su gobierno y no fiarse de muchas de ellas, insiste en un solo jefe del país y del ejército y no en una fragmentación del poder, puede aprovecharse de las circunstancias y del tiempo y actuar con firmeza, puede

animar a los buenos mercaderes y agricultores con premios, puede ser liberal sin ser excesivo ni opresivo con impuestos, etc. Todos estos consejos de la política práctica que da Rivadeneyra los da también Maquiavelo.⁸

En ambos escritores, se presume primero la prudencia del príncipe para escoger ministros y embajadores prudentes que no piensan en sus propios intereses y que son leales al príncipe. El problema de escoger amigos verdaderos es tan difícil como el de reconocer y rechazar a los aduladores, o los falsos amigos, como vemos en los títulos mismos de los capítulos respectivos: "Quomodo adulatores sint fugiendi" (Maquiavelo) y "Cómo se debe guardar el príncipe de los lisonjeros," (Rivadeneira), porque los lisonjeros esconden la verdad y alaban el amor propio del príncipe hasta el punto de perder de vista el bien público.

Es comprensible el precepto de velar constantemente a los seguidores de la Corte ya que vemos la dificultad de saber distinguir entre los amigos y los enemigos domésticos. Y, en términos históricos, los faccionarios de las ciudades-estados italianas y de la Corte de Felipe II explican en gran parte la actitud parecida en Maquiavelo y Rivadeneyra respecto a las intrigas e incertidumbres de la política práctica de su tiempo. También aclara el optar por un jefe y no una fragmentación del poder para preservar el Estado.⁹ Para ambos tratadistas, un príncipe prudente es el que puede adaptarse a las circunstancias cambiantes y actuar con fuerza decisiva en momentos de crisis: "No es menos regla de prudencia mirar mucho la circunstancia del tiempo, sin la cual se hace muy difícil y aún imposible lo que con ella es fácil y llano" (*Tratado de la religión*, pág. 563). Y también: "Antes de comenzar, consúltalo bien; después de haberlo consultado, ejecútalo con presteza" (*Tratado de la religión*, pág. 563). Maquiavelo lo expresa así: "...sono felici mentre concordano insieme, e come discordano infelici. Io iudico bene questo, che sia meglio essere impetuoso che rispettivo... (*Il Príncipe*, pág. 82). Añadamos que Rivadeneyra favorece al príncipe que puede actuar firmemente en tiempos de adversidad, o sea, admira a un hombre de voluntad: "No me parece que hay hombre más desdichado que el que nunca tuvo alguna adversidad... (para hacer prueba de sí..." (*Tratado de la tribulación* pág. 403)¹⁰. Maquiavelo piensa lo mismo porque cree que la adversidad forma muchas veces un hombre que los tiempos de ociosidad.

⁸ El consejo y consejeros del Príncipe, que es el libro primero del quinto tratado de la Institución del Príncipe (1559), de Fadrique Furió Ceriol, antecede en España cronológicamente los consejos prácticos de Rivadeneyra, véase el vol. 36 de BAE.

⁹ Rivadeneyra defiende también el principio del jefe único en términos religiosos diciendo que hay sólo un Dios que gobierna el universo y así, análogamente, hay sólo un rey en el país (*Tratado de la religión y virtudes*, pág. 566).

¹⁰ Aparece aquí una nota de senequismo, característico de Rivadeneyra.

Finalmente, Maquiavelo y Rivadeneyra ven la necesidad de premios y castigos no sólo en el ejército sino también en la vida civil, y por eso ambos aconsejan que un príncipe estimule los esfuerzos de los mercaderes y agricultores. También, aconseja cautela en el asunto de los impuestos porque ambos creen que es imprudente en un príncipe imponer cargos excesivos en el pueblo o quitar la hacienda de los ciudadanos. Todos estos recursos deben provocar un amor del pueblo hacia el príncipe, según Rivadeneyra; Maquiavelo está satisfecho de no inspirar el odio hacia el príncipe por parte del pueblo, pero ninguno de los dos desestima la importancia de los ciudadanos y del papel del príncipe en mantener el contentamiento del pueblo.

Todos estos toques maquiavélicos en Rivadeneyra no deben esconder el hecho de que el jesuita condene de modo vehemente en Maquiavelo la subordinación de la religión al Estado y su amoralidad política, pero al mismo tiempo Rivadeneyra tiene que reconocer ciertas realidades políticas de su tiempo; y es por eso que aparecen estos consejos y usos maquiavélicos dentro de un tratado antimachiavelista. Rivadeneyra es un buen ejemplo de la actitud ambivalente de varios autores españoles de la Contrarreforma¹¹ que no pueden admitir el realismo maquiavélico pero que tampoco pueden negar la complejidad de su propia época.

BIBLIOGRAFÍA

- James Willis Robb Los Puntos sobre las íes: en busca de *La Región más Transparente del Aire* de Alfonso Reyes (Historia y reexamen del epígrafe, con una Comedia de Equivocaciones)
- Lino García, Jr. Ideología y Realidad en *La Región Transparente del Aire* de Carlos Fuentes.
- Jorge Green Huie Inclán y Guzmán: Menosprecio del Gobierno, Alabanza del Caudillo.
- Lino García Jr. y Jorge Green Huie: *La Grandeza Mexicana: Bernardo de Balbuena, Precursor de Adán Smith*.

¹¹ Dald Bleznick, págs. 542-550.